

La Conversión de Pablo

Un sermón basado en Hechos 9:1-6

Por Rev. A.P.A. DuCloux (sermón “Inheritance” XXII-7)

Lectura Bíblica: Hechos 9:1-22

75:1,2,4

140:2, 3

Hechos 9:1-22

325:1-4

398:1,2

308:1,4,5

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en Hechos 9, los versículos 1 hasta 6, donde leemos la Palabra de Dios así: *“Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, vino al sumo sacerdote, y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que si hallase algunos hombres o mujeres de este Camino, los trajese presos a Jerusalén. Mas yendo por el camino, aconteció que al llegar cerca de Damasco, repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo; y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? El dijo: ¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Él, temblando y temeroso, dijo: Señor, ¿qué quieres que yo haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”.*

Queridos amigos, sin lugar a dudas la conversión de Pablo es una de las cosas más maravillosas que nos cuentan las Escrituras. Con esta conversión vemos que en Su gran soberanía, Dios hará como dice en Romanos 9:15: *“Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”.* Así que vemos la verdad de las Escrituras: *“Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”* (Romanos 9:16). En esta conversión vemos la gracia poderosa e irresistible del Señor, por la cual se detuvo a un enemigo de Dios y de Su pueblo mientras él iba rumbo a la destrucción. Dios lo convirtió, lo renovó, lo escogió, y lo estableció como Su apóstol. Pablo

mismo escribió a Timoteo: *“Por esto fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna”* (1 Tim. 1:16).

Espero que nosotros seamos convencidos de pecado, de justicia y de juicio al considerar

LA CONVERSIÓN DE PABLO

Vamos a considerar tres puntos principales:

- 1. Saulo antes de su conversión;**
- 2. Su conversión; y**
- 3. La aplicación personal a nosotros.**

PRIMER PUNTO

Queridos amigos, Saulo era un hebreo, nacido en Tarso, y era hijo de un fariseo de la tribu de Benjamín. Él nació como ciudadano romano en una familia de muchos recursos. Tuvo el privilegio de aprender a los pies del famoso Gamaliel (Hch. 22:3). Hablando en términos humanos, no le faltaba nada a Saulo en su formación religiosa. Además, Saulo aprendió fabricar tiendas, ya que la costumbre en aquella época era que cada persona también aprendía un trabajo aparte de su educación. Leemos que Saulo también fue llamado “Pablo” (Hch. 13:9). Este nombre significa “pequeño”, y después de su conversión, Pablo siempre usaba este nombre.

Con toda su educación, su moralidad y su religión externa, Pablo era pecador, fariseo ciego y enemigo de Jesús y Sus discípulos antes de ser convertido. Nuestro texto dice que *“respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor”*. No es de sorprenderse de que Pablo haya visto con placer la muerte terrible de Esteban, el primer mártir. Leemos en Hechos 8:3 que

“Saulo asolaba la iglesia, y entrando casa por casa, arrastraba a hombres y mujeres, y los entregaba en la cárcel”. Pablo pensaba que servía a Dios, y por lo tanto tenía mucho celo en su persecución de la Iglesia. Sin embargo, como siempre la sangre de los mártires actúa como la semilla de la Iglesia, y muchos que fueron perseguidos llegaron a ser predicadores del Evangelio.

En aquel tiempo muchos cristianos habían buscado refugio de la persecución en la ciudad de Damasco, una ciudad rica del país de Siria donde vivían muchos judíos. Pablo temía que estos refugios fueran a convertir a muchos de sus compatriotas, y por eso él también quería exterminar a los cristianos de Damasco. A tal fin él había pedido cartas del sumo sacerdote para los líderes de las sinagogas de Damasco para que prestaran su ayuda en esta persecución terrible. Pablo pensaba llevar a muchos como presos, sin mostrar misericordia. Es más, Pablo quería traer a todos estos cristianos a Jerusalén para que allí fuesen matados como ejemplos a los demás. La rabia de Pablo había llegado a un extremo enorme. No es de maravillarse de que los cristianos de Damasco hayan temblado de miedo cuando oía de la venida de este Saulo. Sin embargo, luego veremos que el Guardador de Israel es más poderoso que cualquier enemigo.

Mis amigos, en su estado natural Pablo se manifestaba ser hijo de Satanás, como cada uno de nosotros por nuestra naturaleza. En él podemos ver nuestra propia imagen. Todos hemos caído tan profundamente en el pecado, de modo que por más religiosa que haya sido nuestra formación, tenemos una enemistad ciega para con personas que no nos han hecho ningún mal, y aún que oran por nosotros. Por más que tengamos mucho celo religioso, si todavía estamos en nuestra naturaleza humana, quedamos enemigos de Dios, de Cristo y de Su pueblo. Muchas veces nuestra educación piadosa hace que nuestra enemistad en contra del verdadero pueblo de Dios sea aún más grande. Los escribas y los fariseos eran muy religiosos, pero eran los peores enemigos del pueblo de Dios. Igual que ellos, por la naturaleza todos tenemos una opinión tan

buena acerca de nosotros mismos, y por lo tanto no podemos soportar a los que han sido hechos humildes por Dios. De este modo, en su estado natural Pablo representa la imagen de cada persona no salva. Todos hemos caído a la misma profundidad del pecado como Pablo. En nuestro segundo pensamiento, sin embargo, vamos a considerar ***su conversión***.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Si fuera posible, Pablo quisiera destruir por completo la Iglesia de Dios. Asegurado de que las autoridades de Damasco le ayudarían, y con el deseo de derramar la sangre de los cristianos de Damasco, Pablo se acerca las puertas de la ciudad. Sin embargo, no se dio cuenta de que en este mismo tiempo Dios le diría: *“Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante”* (Job 38:11). He aquí, leemos que *“...repentinamente le rodeó un resplandor de luz del cielo”*. Según el propio testimonio de Pablo, esto no fue ningún relámpago u otro tipo de luz natural, sino una luz sobrenatural que sobrepasó el resplandor del sol. De un momento a otro Pablo se encontró en esta luz. Queridos amigos, esta luz radiaba del Señor Jesús. Leemos que Ananías le dijo en v.17: *“Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado...”*. Luego, cuando Pablo dio su testimonio en Tarso, él mismo dijo que Ananías le había dicho: *“El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conozcas su voluntad, y veas al Justo, y oigas la voz de su boca”* (Hch. 22:14). Fue así que Pablo podía decir en 1ª Corintios 15:8 cuando hablaba de los que habían visto a Jesús: *“...y al último de todos, como un abortivo, me apareció a mí”*.

El Señor se reveló a Pablo en Su naturaleza glorificada. La luz resplandeció sobre Pablo y todos sus compañeros, pero sólo Pablo vio a Jesús, como leemos en v. 7: *“Y los hombres que iban con Saulo se pararon atónitos, oyendo a la verdad la voz, mas sin ver a nadie”*. Así que el

Señor le mostró a Pablo Su omnipotencia divina, y le mostró con un solo rayo de Su gloria que Él tenía el poder de parar a todos Sus enemigos.

Al mismo momento se oyó la voz de Jesús: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*”. El Señor quiere que Pablo vea la enemistad amarga que tiene para con Cristo y Sus discípulos. Pablo perseguía a Él que nunca le había hecho ningún mal; más bien, perseguía a Él que se había revelado como la salvación de Israel, y Quien ya mostraba por su revelación a Pablo que Él era Hijo a Dios, a Quien le es dado todo poder tanto en el cielo como en la tierra. Si Jesús hubiera querido, habría podido destruir a Pablo. Sin embargo, cada palabra que le dice a Pablo se habla con fervor y con fuerza: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*”.

Estas palabras penetraron el corazón duro de Pablo, y él respondió: “*¿Quién eres, Señor?*”. ¡He aquí! Por el poder de la gracia poderosa y eficaz, la sabiduría de Pablo se hizo necedad. El Nazareno a Quien Pablo había despreciado tanto ya se hizo *su Señor*. Para el mundo no hay parecer ni hermosura en Él, pero los pecadores convencidos, que han sido detenidos en su camino de pecado y destrucción por la obra irresistible de Dios, ya reconocen la divinidad de Jesús y así Lo llaman “Señor”. Aquí Pablo confiesa que necesita que el Señor le enseñe, pues ya ha perdido lo que pensaba era su conocimiento.

Al Señor Le agradan tales preguntas, queridos amigos, como la pregunta de Pablo. Le responde: “*Yo soy Jesús, a quien tú persigues; dura cosa te es dar coces contra el aguijón*”. Esta forma de hablar se toma de unos bueyes que tiran el aro con una madera que tenía filas coces de fierro. Cuando los bueyes se ponían tercos y pateaban para atrás, sus patas daban contra esas coces, así hiriéndose. Con esta figura el Señor quería mostrarle a Pablo que toda su oposición en contra de Dios sólo lo llevaría a su propia destrucción. En pocas palabras, el Todopoderoso Jesús

quería enseñarle a Pablo que él actuaba tan locamente como esos animales, pues su enemistad en contra del Señor le hacía daño y heridas a sí mismo.

Bien podemos creer, amigos, que estas palabras del Señor fueron acompañadas por la luz y el poder del Espíritu Santo. Por la gracia de Dios, las palabras del Señor penetraron en el corazón de Pablo de una manera eficaz y poderosa, para que de inmediato él reconociera a Jesús como el verdadero Mesías y el Salvador de Su pueblo. Pablo no podía más que aceptarlo a Jesús por la fe como la única manera de la salvación, y se sujetó humildemente a Jesús. Esto se manifiesta en la siguiente pregunta de Pablo: “*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*”.

Pablo quedó atónito y temblando, ya que se dio cuenta de su enemistad contra Jesús. ¿Con cuáles palabras, amigos, se podrían expresar la vergüenza y la angustia que experimentó el alma de Pablo por causa de sus horribles hechos? A la misma vez, el alma de Pablo se maravilló al ver la bondad para con Dios al detenerlo en el camino hacia la destrucción. O, ¡el Señor habría podido matarlo con una sola palabra, así echándolo al infierno, pero le tuvo misericordia! Ya que su corazón ha sido hecho contrito, y ya que el Jesús glorificado no sólo se ha revelado a él. Sino que también fue el primero en buscarlo y salvarlo de su destrucción, Pablo sólo pudo decir: “*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*” Ahora con fe, Pablo se refugia en la misericordia y la sangre redentora de Jesús, deseando someterse totalmente e incondicionalmente a Él y Su voluntad.

En esta pregunta, vemos la rendición incondicional de cuerpo y alma para confesar el Nombre de Jesús, y para ser igual de celoso obrando *para* el Señor como antes Pablo había obrado *en contra* del Señor. Ahora es como Samuel, quien dijo: “*Habla, Jehová, porque tu siervo oye*” (1 Sam. 1:3). ¡Qué maravilloso es esto, amigos! Uno de los nombres de Jesús es “Admirable” (Is. 9:6), y todas Sus obras también son admirables. De forma inmediata, el gran

enemigo que antes respiraba amenazas y muerte contra los discípulos del Señor se convierte en una oveja mansa del rebaño de Dios. Aquel fariseo arrogante con todo su conocimiento se convierte en un alumno humilde. Ese enemigo blasfemador que se atrevía a rechazar a Jesús abiertamente ahora se postra a Sus pies, y lo reconoce como su Señor. ¡Qué maravilla! Esto es sólo posible por medio del poder de la gracia del Señor Jesucristo, nuestro gran Dios y Salvador.

Cuando Pablo se demuestra tan deseoso de saber la voluntad del Dios, el Señor Jesús está muy dispuesto a responderle: *“Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”*. Entonces Pablo recibió tanto un mandato como una promesa. Primero tenía que levantarse, y luego tenía que entrar en la ciudad. El Mismo Señor que le había hecho caer en la tierra es Él que levanta a Pablo. Aquí vemos la verdad del Salmista: *“Sostiene Jehová a todos los que caen, y levanta a los oprimidos”* (Salmos 145:14). Si no fuera por esa palabra “levántate”, Pablo habría quedado echado en la tierra. No obstante, ya viene la palabra con poder, “Levántate”, y aunque Pablo no tiene más poder en sí, él se levanta en el poder de Dios.

El Señor le dice a Pablo a dónde tiene que ir: tiene que “entrar en la ciudad”. No tiene que ir a Jerusalén, sino a Damasco. Seguramente la iglesia de Dios en Damasco, al oír de la venida de Saulo, había estado orando al Señor con muchas oraciones y súplicas fervientes. Por lo tanto, el Señor deseaba que Sus hijos en Damasco vieran lo que Él podía hacer para librarles de sus angustias. Además, el Señor usaría la llegada de Pablo ya cambiado y convertido para avergonzar a los enemigos de Dios en la ciudad de Damasco, para que algunos de ellos también Lo reconocieran como el verdadero Mesías.

El Señor Jesús había podido decirle a Pablo inmediatamente lo que quería que él hiciera. Sin embargo, quería prepararlo primero al hacerlo orar y ayunar, así probando la obediencia de Pablo, y llevándolo en el camino de la humildad donde Jesús lleva a todos los Suyos para luego

exaltarlos. Pablo, el fariseo orgulloso, tenía que recibir instrucciones de uno de aquellos discípulos a quienes él había odiado y menospreciado tanto.

Así hemos considerado la conversión de Pablo. Fue el Señor que buscó a Pablo; no fue Pablo que había buscado al Señor. Así fue con el primer pecador Adán, y así es con todos los hijos de Dios. Para Pablo, el momento más inolvidable fue cuando el Mismo Jesús a Quien él había perseguido lo buscó y lo convirtió. Pablo se dio cuenta de su propia incapacidad; él no tenía en sí mismo pies para ir a Jesús ni manos para aceptarlo, sino que tenía que ser enseñado por Jesús.

Queridos amigos, si nunca hemos entendido cómo es que la conversión a Dios es como despertar del sueño, como levantar de los muertos, y que es sólo la obra del Señor, lo podremos ver aquí en la conversión de Pablo. Cayendo como muerto a los pies de Jesús, Pablo vuelve en sí cuando se cuenta de Quien es el Señor. En la conversión de Pablo vemos que el hombre viejo comienza a morir, y el hombre nuevo, que es la obra de Dios por Jesucristo, se levanta de los muertos. Antes de terminar con algunas palabras de aplicación personal, vamos a cantar del **Salterio 398, las estrofas 1 y 2.**

TERCER PUNTO

Vamos a concluir con algunas palabras de aplicación personal. Queridos amigos, el Señor emplea varias maneras para convertir a los pecadores a quienes Él ha predestinado a la vida eterna. Saulo se convirtió en Pablo a través de circunstancias maravillosas y extraordinarias. Sin embargo, creo que lo fundamental de obra de la gracia es lo mismo en todos que reciben la gracia, a pesar de que varíen las circunstancias. Vamos a examinarnos, entonces, en cuanto a la conversión verdadera.

Querido amigo, ¿has sido *tú* buscado por el Señor Mismo, y has sido *tú* detenido en el camino que lleva a la perdición? ¿Alguna vez el Señor Jesús se ha revelado en *tu* alma por la luz divina del Espíritu Santo? ¿Has visto a ti mismo como pecador, enemigo de Dios, y perseguidor de Su pueblo? ¿Deseas *tú* conocer a Jesús como tiene que ser conocido como Salvador de pecadores? ¿Has caído *tú* a los pies de Jesús como muerto, habiendo visto tu ceguera e ignorancia espiritual? ¿Alguna vez has preguntado *tú*: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” ¿Has dejado *tú* el mundo y el pecado, y has dejado a tus amigos del mundo para reunirse con el pueblo de Dios, para así escuchar de ellos y con ellos sobre el camino de la vida? O, ¡qué todos nosotros pudiéramos contestar estas preguntas rectamente ante Dios!

Sin embargo, temo que haya muchos que todavía luchan contra el Señor, demostrando su enemistad contra el Señor Jesús y Su pueblo o abiertamente o en secreto. De hecho, cada pecador no salvo es un enemigo de Dios, de Jesús, y de todo Su pueblo, aunque puede ser que por medio de la hipocresía y el engaño actuemos como amigos. Amigo mío, tal vez tú pienses que tu estado no está tan grave. Te digo que por más buena que hayas portado, y por más bueno que haya sido tu formación religiosa, tienes que aprender por la gracia irresistible de Jesús que eres enemigo de Él. Es necesario que tú experimentes, por la luz divina, que estás completamente impotente de hacer algo por ti mismo. Si tú no has experimentado nada de esto, amigo mío, me temo que nunca hayas recibido la conversión verdadera, y creo que tu esperanza para la eternidad no está en un buen fundamento.

Tú que todavía está sin Cristo y no salvo, tal vez estás satisfecho con algunas cosas o virtudes externas. Una y otra vez te dice la Palabra de Dios: “*Volveos, volveos de vuestros malos caminos; ¿por qué moriréis?*” (Ezequiel 33:11). A veces te consuelas con la afirmación de que es Dios que tiene que convertirme, y que tú haces lo mejor posible. Oh amigo mío, considera que

“¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (Heb. 10:31). Es cierto que Dios es Él que convierte al pecador, pero Él está dispuesto a convertirte; ora a Él con la oración de Jeremías: *“Vuélvenos, oh Jehová, a ti, y nos volveremos”* (Lam. 5:21).

¿Hay entre nosotros algunos no salvos a quienes les gustan las doctrinas de la gracia libre, pero que se valen de su incapacidad espiritual como una excusa para no dejar sus propias justicias y el amor del mundo? Oh queridos amigos, consideren su peligro, y oren que el Espíritu Santo les descubren. Huyan al Señor Jesucristo con la pregunta de Pablo, *“Señor, ¿qué quieres que yo haga?”* y con la oración de David: *“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí”* (Salmos 51:10).

Tal vez hay entre nosotros algunos que se preguntan si la obra de la conversión se ha comenzado en su corazón o no. Queridos amigos, a veces la obra de la gracia se manifiesta repentinamente como en la vida de Pablo, pero muchas veces esta obra se manifiesta gradualmente en el alma de los hijos de Dios. El Señor emplea la luz de Su Palabra y Su ley, y el Espíritu Santo comienza a mostrarle al pecador no solamente sus caminos pecaminosos, sino también la gran maldad de su corazón y su estado totalmente perdido. Estas personas aprenden a decir con Pablo: *“La ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado”*. Tales personas ven en su propia alma la oposición que hay contra la salvación por la gracia libre. Sin embargo, cada revelación de Jesús a estos pecadores los aviva, y reciben una mirada de la suficiencia y la misericordia de Jesús para poder salvar a los pecadores de su culpa y del poder del pecado. Ellos dicen muchas veces: *“¿Quién eres, Señor?”* y *“Señor, ¿qué quieres que yo haga?”*. Con el Salmista, estas personas oran: *“Muéstrame, oh Jehová, tus caminos; Enséñame tus sendas”* (Salmos 25:4). Estas personas desean la compañía de los hijos de Dios, y aunque no se atreven a incluirse, a ellos les gustan las predicaciones y las conversaciones del pueblo de Dios. Oh amigo

mío, si así es tu caso, considéralo una gran bendición, aunque aún no es suficiente para la eternidad. Tal vez estás mirando desde lejos, pero el Señor Jesús ya te está deteniendo en el camino. Ora por un conocimiento espiritual de tu miseria, y nunca dejes los medios de la gracia; tal vez sean usados como medios para consolarte o enseñarte. Sobre todo, ora mucho en secreto a los pies de Jesús.

Ahora tengo unas palabras para ti, amigo mío, que ya has sido detenido en el camino. Tal vez el Señor te haya parado en las tiendas de la maldad, y te ha dicho: “Pecador, pecador, ¿por qué me persigues?” Si no fuera por la misericordia de Jesús, tú habrías sido perdido. Con Pablo, tú dices que eres el mayor de los pecadores, y no puedes expresar lo maravilloso de que el Señor te haya buscado a ti, un enemigo y perseguidor, y no a otros. Entonces hay una sola palabra para expresarlo: fue la soberana voluntad y beneplácito del Señor. Igual que Pablo, tú debes contarles a muchos acerca de cómo el Señor te ha convertido.

Hijo de Dios, tú que eres ya redimido y comprado por el Señor, ora por la gracia para permanecer fiel al Señor y servirle con una obediencia santa. El Señor dice: “*Este pueblo he creado para mí; mis alabanzas publicará*” (Isaías 43:21). No te quedes en silencio, especialmente en estos días tan malos cuando hay tantos que se les llaman cristianos, pero de hecho persiguen a Jesús y Su verdad, y a Su pueblo pobre y afligido. Ora por los enemigos de la cruz de Calvario, por aquellos que todavía respiran amenazas y muerte contra los discípulos del Señor. Recuerda que tu Gran Rey, ya glorificado a la Diestra del Padre reinará “...*hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies*” (1 Cor. 15:25). Recuerda que es la obra de Él convertir a Sus enemigos, y Sus caminos son inescrutables (Romanos 11:33). Oh, cuando experimentas aflicción y oposición por causa de tu fe en Jesucristo, huye a Él Que tiene todo

poder en el cielo y en la tierra, y que todavía puede cambiar a un Saulo furioso en un Pablo manso para la extensión de Su reino y la gloria de Su Nombre. Amén.